

está aún para algunos puesta en tela de juicio. Que el Evangelio es un producto superior á la naturaleza, Napoleon lo prueba valiéndose de términos de una originalidad muy digna de recordarse. «Ni los mismos imptos, nos dice, han osado jamás negar la sublimidad del Evangelio: en él todas las palabras dependen y son solidarias la una de la otra cual las piedras de un edificio. El espíritu que las une, es un cemento divino: cada frase tiene un sentido completo que demuestra la perfeccion de la unidad y la profundidad del conjunto. Libro único en el cual el espíritu encuentra una moral hasta entónces desconocida, y una idea de lo infinito superior á la que sugiere la creacion. ¿Quién más que Dios podia producir ese tipo, ese ideal de perfeccion igualmente exclusivo y original, en el cual, nadie es capaz de criticar, añadir ni quitar una sola palabra? Libro diferente de todo cuanto existe: absolutamente nuevo sin tener precedente ni subsiguiente (1).»

Antes que este sorprendente apologista, Rousseau, expresándose en el propio sentido habia dicho: «Contemplad la pequenez de los libros de

[1] *Memorias de Santa Elena.*

los filósofos con toda su pompa, comparados con este. ¿Puede concebirse que un libro al par tan sublime y tan sencillo sea obra del hombre?» No, es indispensable mayor credulidad de la que à primera vista podria imaginarse para presumirlo así, por lo demás habiendo afirmado su propia divinidad el autor de tanta sabiduría, lo que importa es saber si nuestra razon no experimenta mayor dificultad en despreciarle como un impostor, que en adorarle como un Dios. Tanta hay, que en esto tambien lo más natural es lo sobrenatural. No pronunciemos sin embargo la última palabra respecto de una prueba que tendrá un lugar más propio y oportuno en otra ocasion.

Al presente, siquiera debamos fatigar y fatigarnos, juzgamos indispensable proseguir el paralelo. ¿Existe un Evangelio de Sakiamouni, capaz de rivalizar con el de Jesus? ¿Qué puede oponer el lamaismo á los libros de los *Proverbios*, de la *Sabiduría*, de *Job*, de los *Salmos* y de las *Epistolas de San Pablo*? Una literatura pomposa y exuberante como la vegetacion de la India, eso así; pero al propio tiempo una amalgama incoherente, de la cual de tarde en tarde brota algun destello de luz, y la única obra del espíritu humano, que es imposible leer

sin ceder al cansancio. Obras problemáticas por otra parte, de las cuales todos hablan, y que muy pocos comprenden, por lo mismo que es muy reducido el número de los extractos que se han publicado traducidos à las lenguas europeas; y aun cuando existen críticos que, à primera vista, podría creerse que están familiarizados, como brahmitas, con los textos sagrados de la India, la verdad es que no conocen de ellos otra cosa más que el compendio ó resumen escrito en lengua latina por Anquetil du Perron, para uso de aquellos sábios que no tienen inconveniente en leer el sanscrito, en idiomas que conocen más à fondo. Obras de imaginacion, principalmente, no apologías, que si prueban el génio de las razas, nada dicen respecto de su religion. Cierto que hojeando las enciclopedias sagradas del Tibet, de la Mongolia, de Ceylan y de la China, y compaginando y disponiendo con cierto orden algunos de los apotegmas de su moral, pueden hacerse algunas citas curiosas; pero estas no son más que hábiles recortes en un fondo que el buen sentido no puede contemplar, y que por su parte no es capaz de sostener las miradas del buen sentido. Los orientalistas depuran los libros canónicos del bouddhismo para hacerlos admisibles, y los falsifican con el obje-

to de hacerlos admirables; más en esta tarea perderán por su parte más de lo que ganará la mitología india, pónganse en presencia de esas montañas de repeticiones, de contradicciones, y de vetustos relatos, las obras maestras de nuestros dos Testamentos y de nuestra tradicion escrita, desde Tertuliano hasta Bossuet y dígase si no constituye una verdadera gloria para nuestras Escrituras el contar por enemigos à los que son capaces de admirar todas las *Biblias de la humanidad*, excepto la verdadera, y de honrar lo ridículo, mejor que de adorar lo divino.

Y no es esto todo; pues no faltan quienes no contentos con asimilar las revelaciones indias à las verdades del Evangelio, han preferido aquellas à estas, manifestando que las segundas proceden directamente de las primeras; aserto en cuya virtud no solo dejaría Jesucristo de ser un verdadero Dios, sino tambien un fundador original, puesto que su doctrina no sería más que un sincretismo de las mejores tradiciones orientales. Hay más aun, firmando una obra que no era suya, habría usurpado la gloria de otro, y merecido justamente el puesto innoble que se le asigna al lado de Mahoma, en un libro tristemente célebre, titulado: *De tribus impostoribus*.

Cuando se han estudiado los mamotretos de la parte adversa, se necesita toda la calma del mundo para contenerse ante semejante audacia de defensor de oficio. ¿Es posible que los brahmanes hayan formado á Jesucristo?

Si el evangelio no fuese más que la última palabra de una filosofía anterior, depurada en el crisol de un espíritu ecléctico, esa palabra habríala de seguro pronunciado algun sábio familiarizado con las escuelas antiguas, no un joven aldeano que jamás abandonó su tienda de carpintero, y del cual nadie ha dicho que tuviera maestros que le enseñaran.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una combinacion de plagios hábiles habríanse necesitado eruditos que lo interpretaran y lo definieran y hasta para que lo propagaran, y la verdad es que los propagandistas de tales verdades fueron los Apóstoles, gentes por demás incultas, que en sentir de algunos no merecian la mejor opinion, puesto que se les juzgaba aficionados á la bebida.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una eflorescencia de los gérmenes diseminados en una filosofía cualquiera, de seguro habria encontrado en la filosofía en general, cierta complicidad de concurso ó de tolerancia: es así que esta no lo

reconoció, pues durante cuatro siglos persiguió de muerte; posteriormente y repetidas veces ha tratado de ahogarlo en la sangre de la persecucion, y aún hoy día no le perdona el que no haya llegado á ponerse de acuerdo con ella, luego no puede admitirse que de la filosofía proceda.

Si el cristianismo, finalmente, hubiese sido un progreso puramente natural, como todos los progresos de la inteligencia, habria empezado por la iniciatiya de espíritus adelantados, y descendido á las multitudes desde las clases más elevadas de la sociedad. Pues bien, decuantas revoluciones se han llevado á cabo en el transcurso de los tiempos, el cristianismo es la única que se haya operado de abajo arriba, y la única tambien en la cual los oráculos de la ciencia hayan recido la luz de los ignorantes. No negarémos que existen en él verdades más ó ménos presentidas por Zenon, por Platon, por Bouddha, por lo mismo que la verdad completa debe abarcar las verdades parciales; pero afirmar, como se ha afirmando, que con recoger esos fragmentos ha habido bastante para componer el Evangelio, es simplemente faltar al respeto que los lectores se merecen.

Tal es la objecion resuelta en principio; mas ¿qué pensarémos de ella, considerada simplemente

te como hecho? ¿Será cierto que el cristianismo nacido en Palestina, fué concebido en la India? ¿Será verdad que aun cuando lleve el nombre de Cristo, sea Bouddha su verdadero padre? Tendemos ese globo habilmente hinchado por ciertos teólogos de ocasion, y veremos la resistencia que opone.

Desde luego debemos hacer constar, que la base del cristianismo es la unidad de Dios, el monoteísmo: la del bouddhismo, es la pluralidad de dioses, el politeísmo; y se explica perfectamente porque la humanidad caída es incorregiblemente idólatra, donde quiera que para corregirse en sus extravíos, no cuenta con una luz sobrenatural: de aquí que la raza india vea dioses en todas las cosas, y cosas en todos los dioses. El cristianismo enseña la espiritualidad de su Dios: el bouddhismo confunde el suyo con la materia, de tal suerte, que el mundo emana, procede de él, como el arroyo del manantial, y la tela de la araña. El cristianismo enseña la creación del mundo por una omnipotencia infinito: el bouddhismo cree en la eternidad del mundo. Jesús nace en un establo: Bouddha sobre el trono de Magdaha. Jesús descendiendo del seno de su Padre hasta nosotros, ha tomado la naturaleza humana para elevarla hasta él; Bouddha,

antes de su advenimiento con forma humana, reviste la figura de un elefante adornado con sus defensas, que tiene la cabeza roja y soberbia, y marcha ricamente encaparazonado. Jesús se declara formalmente Dios: Sakiamouni, jámas ha osado arriesgar la apoteosis. El Evangelio profesa la inmortalidad de las almas en una misma personalidad y en un estado de felicidad ó de malestar permanente: el bouddhismo cree en la transmigración de las almas, ofreciendo fases de decrecimiento repetidas hasta el absoluto anonadamiento. Segun el cristianismo, la vida es un bien y es necesario fecundarla; el bouddhismo sostiene que es un mal, y que, por consiguiente, importa reducirla. Por último: Jesús ha revelado á los hombres su dignidad y su igualdad bien entendida: Brahma divide nuestra comun familia en cuatro castas separadas por fronteras que no pueden ser traspasadas. El bouddhismo, ha dicho M. Barthelemy Saint Hilaire, despues de haberlo estudiado con una benevolencia que en manera alguna arguye rigor, «es un espiritalismo sin alma, una moral sin libertad, una virtud sin deber, una caridad sin amor, un mundo sin naturaleza y sin Dios. . . . El único servicio que por su contraste puede prestarnos, se

duce á enseñarnos cuanto ha costado á la humanidad no creer lo que nosotros creemos (1)."

Pero, ¿cómo se explican, dirán nuestros adversarios, las singulares analogías, que apesar de tan esenciales diferencias pueden observarse entre la moral de los Indos, y la ley del Sinaí y otras tradiciones mosaicas? Muy sencillamente, porque estos principios están tomados de la Biblia. El pueblo judío, del mismo modo que los Apóstoles en tiempo de Jesucristo, fué en el suyo el gran misionero de la verdad, encargado de sembrar sus gérmenes doquiera sentará la planta. Salmanasar, Assar-Haddon, Nabucodonosor, condujeron sucesivamente al pueblo de Israel cautivo al extremo Oriente, y sería el colmo de la insensatez imaginar que ese pueblo se limitó á llorar su cautiverio bajo los sauces de los rios extranjeros. Desde este punto avanzado, pasaron en numerosas carabanas á la India, al Tibet y hasta la China: y lo que ha sucedido es que los modernos al encontrar en su camino las huellas de esas antiguas emigraciones, en vez de honrar al pueblo de Israel considerándole autor de las mismas, ha preferido injuriarle llamán-

1) Bouddha y el Bouddhismo.

le plagario de sus propias tradiciones. Por punto general, cuando entretreído con otras historias se encuentra un hilo de la tradicion bíblica, se procura referirlo á su verdadero origen; pero por lo mismo que los Indos tienen la monomanía de ser más antiguos que el mundo, tómanse el trabajo de dar fechas muy remotas á lo que han tomado de otras partes, procediendo en esto, como el falsificador que desfigura los objetos robados para que en sus investigaciones no pueda orientarse el verdadero propietario. De aquí que los orientalistas, que en semejante manejo tienen su parte de complicidad, digan de la Biblia que no es más que una copia, siendo así que constituye el original que los Indos han copiado. La verdad es que en tales conclusiones hay un exceso de lijereza que se complace muy mal con el aire de autoridad magistral que afectan nuestros adversarios.

Mas entónces, continúan éstos, cómo se explica el hecho de haber encontrado en el Tibet los viajeros que visitaron aquellas comarcas, en el siglo último numerosos monasterios, procesiones solemnes, peregrinaciones concurridísimas, una corte pontificia, colegios de lamas; en suma, una organizacion sacerdotal semejante á la de la Iglesia romana, hasta tal punto que Voltaire y

Volney pudieron ya decir que el cristianismo procede del bouddhismo tibetano y que el culto católico deriva de la ceremonias lamáicas?

El mismo error en las premisas debe dar siempre por resultado las mismas falsas consecuencias. Para quien haya estudiado nuestro pasado dice Claudio Buchanan, el apostolado de Sto. Tomás en las Indias, es tan auténtico como la muerte de S. Pedro en Roma. Posteriormente mantuviéronse sin interrupcion las relaciones el extremo Oriente y los predicadores del Evangelio, y desde el tiempo de S. Panteneo hasta muy entrado el siglo quinto, enseñóse un cristianismo más ó ménos ortodoxo en los pueblos situados á orillas del mar de las Indias. No es posible desconocer que por este tiempo el islamismo estableció una muralla de hierro y un mar de sangre entre los creyentes del Asia superior y de los de Europa; pero no lo es ménos que Vasco de Gama encontró todavia en Ceylan individuos que ofrecian muy marcadas señales de cristianismo. Antes que ese osado navegante doblara el cabo de Buena Esperanza, habian tenido efecto las Cruzadas y la invasion de Tamerlan y con este motivo las dos civilizaciones europea y asiática, desbordándose de sus cauces naturales, encontráronse repetidas veces en los

campos de batalla, se mezclaron, se confundieron, y al volver, pasada la tormenta, à sus lechos respectivos, encontráronse en medio de sus aguas, los restos que mutuamente se habian arrebatado: el Oriente habia cedido al Occidente la brújula, y este habia enseñado nuevamente à aquel el verdadero cristianismo y la constitucion de la Iglesia.

Y aún no fué esta la última de las influencias ejercidas por el Evangelio en esas remotas regiones. Las misiones católicas fundadas por Oderico de Frioul, y establecidas en la Tartaria y el Turkestan, contribuyeron durante muchos siglos á que penetraran elementos cristianos en la religion de Boudha; de manera que la suposicion de Voltaire considerando un plagio hecho por la Iglesia al bouddhismo, no era más que un nuevo testimonio de la fuerza y originalidad de aquella y al propio tiempo una nueva prueba, de que la ciencia suele tomar por antiguas cosas que son sin embargo muy nuevas, y viceversa. Mas, ¿se cree que esto ha de corregirla de sus rotundas y precipitadas afirmaciones, en contra de nuestras tradiciones y creencias? En manera alguna: para ello sería menester qué se juzgara ménos infalible que la Iglesia; y francamente, no lleva camino de confesarlo. ¿Qué se-

ría menester para que no dudara de la religion? Que supiera dudar de sí misma y esta es una dificultad infinitamente más insuperable que todas cuantas ofrece la religion.

III.

El milagro en el orden moral es una acción ó una série de acciones propias de los fundadores ó de los sectarios de una religion, que traspasa los límites de la naturaleza moral, y sólo puede resultar de una mocion especial de Dios. Prescindamos por un momento de los fundadores, y fijémonos en los sectarios de las dos religiones comparadas, ora en la realizacion práctica, ora en la confesion, ora en la propagacion de su verdad.

Aun haciendo abstraccion completa de todo punto de vista místico, la vida de los grandes cristianos constituye un verdadero milagro del cristianismo. Aun cuando los mártires no fuesen más que una simple miriada de testigos volun-

Britto, estrechando en amoroso abrazo à su verdugo; ó S. Cipriano, dando al suyo cincuenta monedas de oro, en pago de su trabajo y en señal de agradecimiento. Por último, los primeros han ofendido á la razon poniendo mientes en lo sublime: los segundos por el ascendiente de lo sublime han triunfado de la razon. No se me hable pues de esos indios que se hacen aplastar bajo las ruedas del carro de su dios, puesto que semejante proceder no es más que el suicidio supersticioso: en cambio póngase la mirada en los Apóstoles y en esos discípulos que dan su sangre generosamente para afirmar que han visto á Jesucristo resucitado, y dígaseme si existe posibilidad para rechazar su creencia, no diré ya á las especulaciones capaces de producir visionarios, sino tambien á hechos cuyos testigos oculares se dejan decapitar.

Finalmente, último milagro y postrer criterio del orden moral propio de la verdadera religion; su propagacion. ¿Puede imaginarse una empresa más grande y más prodigiosamente realizada; Con doce pescadores sin ciencia, sin medios de fortuna, sin influencia; sin poder ofrecer á sus secuaces más galardón que el desprecio, la persecucion, y á veces la muerte, establecer, en vez de un culto halagüeño para las pasiones, la mor-

tificación de la carne; la beatitud de la pobreza; el amor á los enemigos; el desprecio de sí mismo; y el perdón de las injurias, y colocar sobre los altares del universo un Crucificado que, hacia poco tiempo, con la vida había perdido el honor, son acontecimientos verdaderamente extraordinarios. Pero todavía es más sorprendente la realización de este fin, apesar de la preocupación popular que protegía las divinidades antiguas; á pesar de las leyes políticas que las defendían; á pesar de la corrupción que las hacía simpáticas; apesar de la filosofía que estaba de su parte; apesar del paganismo y de la sinagoga coligados para la oposición; apesar de los antiguos sacerdotes que se escandalizaban; apesar en fin de los emperadores que fulminaban edictos sanguinarios. Convengamos en que es este un prodigio muy capaz de hacer pensar á aquellos que no se deciden á admitirlos. Y sin embargo este prodigio es indubitable. En tanto que la creación obedece á la ley del desarrollo sucesivo, y que Dios emplea medio siglo para el desenvolvimiento completo del hombre, en ménos de cien años logra realizar su universalidad. Desde el Asia superior hasta el fondo de las Galias, dice Plinio el jóven, las ciudades y los campos estaban invadidos por el contagio del cristianismo, y Jesus,

el día despues de su muerte, hallábase ser el primer potentado del universo: *Non civitates tantum, sed vicos et agros, christianorum superstitionis contagio pervagata est.*

¿Puede encontrarse en el pasado del bouddhismo un supremo esfuerzo de su porder de proselitismo, que se á este comparable? Nó, y téngase en cuenta que las conquistas del cristianismo duran aun, puesto que es el único que á traves de los siglos sostiene en pié su obra de propaganda. ¿Puede darse más ridícula irrisión que compararla bajo este punto de vista al paganismo indio, que pegado como planta espontánea, al suelo donde brota, jamás ha logrado traspasar los límites del mismo? Religión limitada, que solo subsiste merced á la proteccion de los gobiernos y á la anestesia que provoca, y que al parecer solo consigue conservar sus adeptos, por medio del adormecimiento que ha de impedirles cambiar de sitio. Cierto que este culto es antiguo; pero su antigüedad ¿es más que la caducidad que en tres mil años le ha impedido dar un solo paso adelante? Cierto que se halla muy extendido: pero su fuerza de conversion hállase agotada mucho tiempo hace, cuenta solo con el temperamento indo-chino, y no puede naturalizarse en otro terreno, porque no es más que el

delirio de una raza y no la religion de la humanidad.

Poco me importa, pues, que cuente con mayor número de almas que el cristianismo: en último resultado, esto significa que los dos tercios de la humanidad todavía son idólatras, cosa que en verdad nada tiene de nuevo. La universalidad de la verdad no consiste en poseer la mayor parte del mundo, puesto que no depende Dios de la mayoría de votos; sino de su ubicuidad en todas las regiones del mundo y de su aptitud para vivir y florecer en ellas. La vitalidad de un organismo no tanto estriba de la grandeza de sus formas cómo en su potencia vital. Tanto es así, que nada debemos temer del coloso casi extinguido del politeísmo indio. Establecido detrás de las fronteras del Asia superior, permanece estacionario á las puertas de la civilizazion europea sin penetrar en ella, ni dejarla penetrar en sus posiciones. ¿Quién se acuerda hoy de los peligros de una invasion de ideas chinas ó indias? No, no, Jesucristo no tiene porque llorar, cual Carlomagno en los postreros años de su existencia, ante los buques que vislumbraba en el horizonte de su imperio y que un día debian devastarlo. El San Francisco Javier del boudhismo no ha emprendido áun su viaje; sus teó-

logos no se hallan en disposicion de presentarse á la Sorbona para imponer silencio á Bossuet; ni la Europa sueña en convertir sus iglesias en pagodas, ni en dejar á Jesus por Sakiamouni. Y en cambio, ¿qué hace Jesucristo en tanto que el *immobilismo* indio permanece en su característica inaccion? Realiza conquistas en los países de Brahma y del lamismo. Conducido unas veces por la palabra del apostolado, otras por la influencia de Francia, ora por los buques de Inglaterra, ofrécese, como el heredero presunto de los falsos dioses, sobre todas las playas bañadas por el mar de las Indias; y estoy seguro de que este hecho se realizará tarde ó temprano, no sólo porque mi fé me inclina á semejante creencia, sino también porque todas las evidencias de la historia lo prometen á mi verdad.

Para aquellos que leen, acabo de exponer una tésis muy útil, porque son muchos los publicistas que tienen la pretension de pasar en revista á ambos mundos en cada uno de sus artículos, consignando en ellos, respecto del particular, con aire páfidamente reservado, enormidades peligrosas á propósito de antiguos errores que lo son muy poco. ¿Quién podría imaginar, por ejemplo, que haya existido uno de esos reveladores que no ha vacilado en manchar su honor

filosófico, con la responsabilidad de esta frase: *La doctrina de los vischnuvitas es superior con mucho á la teología cristiana!* Lastimosa conclusión si se conoce la teología cristiana, y más lastimoso procedimiento áun, si no se conoce. Abandonemos estas aseercciones culpables al aprecio de la razon indignada de la civilizacion europea.

Para aquellos que no acostumbran leer, este capítulo parecerá como que cuenta diez y ocho siglos. ¿Como, podrán decirnos, tratais al boudhismo como una especie de iglesia rival de la verdadera? Pero el boudhismo, como el fetichismo, como el sabeismo, como los demás matices del mismo error, es la idolatría: remitid, pues, á vuestros adversarios á la *Apologética* de Tertulano, y á la *Summa contra los gentiles*; pero no ostomeis el trabajo de rebatir á aquellos que creyéndose iniciadores no son más que resucitados de ideas viejas. Los autores de semejante razonamiento no saben comprender que pueden existir otros que padecen una enfermedad de que ellos están libres, y que, en todos los siglos ha sido indispensable dar á la apologética carácter de actualidad, ora para apropiarse la defensa á las variantes del ataque, ora para que no pueda decirse que se pretende salvar la verdad, dejan-

tarios, que arrojaron y padecieron la muerte sin vengarse y sin odiar siquiera á sus verdugos; si las vírgevenes del Señor no fuesen más que las enfermeras y las maestras de los pobres; si los fundadores de las órdenes no fuesen más que los padres de una posteridad bienhechora para el género humano; si los pontifices fuesen simplemente los jefes de la tribu más pura que en tiempo alguno haya instruido y moralizado á los hombres; si en los doctores no debiésemos ver otra cosa que los guías más seguros que en todo tiempo han marchado á la cabeza de la humanidad, en resolución; aun cuando la santidad no fuese más que el ideal del imperio sobre sí mismo y del sacrificio en aras de Dios y del prójimo, la religion merecería indudablemente ser proclamada la más perfecta escuela de virtud que el mundo hubiese conocido. Por mi parte debo añadir que el moralista que contemple atentamente semejante espectáculo, podrá fácilmente comprender que la naturaleza no puede llegar á esas alturas, sin contar con un auxilio superior á ella, y que si la vida de los hombres ilustres de Plutarco, revela sábios profundos y personajes eminentes, la de los grandes modelos del cristianismo nos da testimonio de las obras divinas.

En efecto, siendo como es nuestro Dios, esencialmente perfecto, debe imprimir los caracteres de su semejanza á las virtudes que inspira, de manera que pueda arrostrar con ello el éxito de las falsificaciones. En cambio; en el instante mismo en que la naturaleza excitada por un falso tipo de la divinidad, pretende imitar nuestros sacrificios, los desfigura, y el mismo esfuerzo que en la verdad produce los santos, engendra los monstruos en el error. Los grandes ascetas del bouddhismo constituyen una prueba de lo que acabamos de decir.

¿En qué han convertido la contemplacion? En una especie de anonadamiento. Del mismo modo que el Dios respecto del cual meditamos, constituye un acto puro en su esencia, y un amor inmolado en la cruz; cuando, terminada nuestra plegaria, nos sumergimos de nuevo en la vida real, corremos al sacrificio práctico, haciéndonos tanto más útiles á la tierra, cuanto mayor es el afecto que el cielo nos inspira. El bouddhista por el contrario, adorando al ser indeterminado eternamente inmóvil, ha de considerar el colmo de la perfeccion lo único que esta puede ser bajo el imperio de ese divinidad inerte; es decir, la inercia. Cuando el alma enfermiza de los Indos ha llegado á extraviarse en este océano ina-

nimado de la existencia, más bien que vive, vejeta suspendida en idiótico balanceo sobre la humanidad. Nuestra santidad, constituye para nosotros la accion fundada por la oracion; para ellos la esterilidad de la imaginacion entregada á los ensueños de la fantasia: la nuestra es el trabajo constante; la suya el sueño cataléptico: aquella un exceso de vida; esta una muerte anticipada. El que quiera ser un samnita perfecto, dicen sus textos inspirados, ha de proceder como el hombre á quien se hubiesen cortado sus cuatro miembros. No cabe dudar que de ese quietismo visionario podrán salir legiones de bonzos y de solitarios alucinados, petrificaciones vivientes de su ley; pero de seguro no resultará jamás un S. Vicente de Paul.

No intenten jamás tales santos alcanzar de Roma la canonizacion, porque Roma no admite ni coloca en el catálogo de sus santos á los que solo para ellos lo han sido. La Cartuja y el Carmelo, los desiertos todos de la contemplacion cristiana, hállanse poblados de corazones que laten para la salvacion del mundo: hasta la religiosa encerrada dentro las paredes del claustro, reparte á la miseria humana la más sublime de las limosnas, la oracion: santa Teresa rivaliza en proselitismo con S. Francisco Javier. . . en su-

ma, entre nosotros no puede haber ni hay santidad sin amor. El esfuerzo del indio empleando su vida en confundir su *yo* en el yo universal, constituye la obra de un egoísmo gigantesco y loco; en manera alguna un ejemplo moral. Y sin embargo ¡cuantos sabios que murmuran de los piadosos holgazanes de nuestros clautros, se confiesan edificadas ante el espectáculo del desocupado asceta que pone á contribucion al viajero que circula por los caminos del Japon y del imperio de los birmanes!

¿Qué hay en las virtudes de estos, que no sea ridículo parodia de los nuestros? Nótese los contrastes sobre los cuales no fija la atencion el frívolo viajero. Jesucristo ha dotado del espíritu de caridad, no sólo á determinados individuos, sino tambien á ciertas costumbres públicas sin que para ello haya echado mano del estímulo de la ganancia, y sí por el contrario de la compañía de la pobreza. Los monjes mendicantes de Fao y de Xa-ka truecan los placeres de los sentidos por los goces de la fortuna y son puros, del mismo modo que entre nosotros ciertos seres despreciables son disipados, por la cuenta que les tiene. Jesucristo recomienda la mortificacion puramente indispensable para que el alma conserve su supremacia, lo que es puramente sobrenatu-

ral: los bonzos exageran la penitencia hasta la ostentacion voluntaria, y esto está en oposicion con lo natural. Finalmente, Nuestro Señor nos ordena disimular el ayuno para que no encuentre un apoyo en la admiracion de los hombres: los *Negros* y los *Foquexos*, parecidos á esos mendigos que avivan sus llagas y las exponen al público para excitar más fuertemente la compasion y la caridad, hacen ostentacion de sus mortificaciones para conquistarse el aplauso de los circunstantes. En una palabra, las virtudes cristianas reflejan la belleza moral de Cristo: las virtudes del bouddhismo son extravagantes y monstruosas como el dios que las inspira. En la virtud, como en todo, existe un punto que constituye la exactitud de la proporcion y por consiguiente la obra maestra, y como este punto sólo se ha encontrado en el cristianismo, hay motivo de sobra para considerar sus virtudes como el criterio de la verdad.

Constituye un milagro del orden moral, tan sorprendente como nuestra manera de practicar la fé, el modo que tenemos de confesarla. Doce millones de mártires de todas edades, de diferentes sexos, de todos los paises, y de diferente cultura, sucumbiendo, víctimas de suplicios inauditos, con sin igual mansedumbre, algunos para

dar testimonio de hechos que habian presencia. do, todos para confesar una creencia que fácilmente habrian podido cambiar, salvando con ello su propia vida, y à veces conquistando inmensa gloria, constituyen un testimonio que no puede ofrecer ninguna otra religion. Las siguientes palabras expresan perfectamente la impresion profunda que semejante espectáculo producía en el alma de Napoleon: «En todas partes sucumben los cristianos y en todas partes triunfan.» Expresion bellísima y prueba más bella al par, porque sólo lo que es inmortal puede fortalecerse por medio de la muerte.

Verdad es que tambien tienen sus mártires las falsas religiones; pero compárense con los de la nuestra desde el punto de vista del número, y al paso que los primeros apenas se cuentan, los segundos no pueden contarse: compárense desde el punto de vista de su actitud, y al paso que con frecuencia verémos à aquellos con las manos tintas en sangre, pues al recibir la muerte han procurado darla; los segundos han inclinado la cabeza y han doblado la rodilla ántes de recibir el último golpe: los primeros han sucumbido presa del ódio, porque Dios no permite al error la simulacion de la caridad; los otros han amado hasta exhalar el postrer suspiro, como J. de

do à cargo exclusivo de los muertos el cuidado de combatir à los enemigos vivos. Semejante manera de combatir, con muy poco trabajo, produciría grandes resultados y no ménos honra.

Convento, sin embargo, en que, prescindiendo del bouddhismo de las revistas, y fijándonos exclusivamente en el de la historia; dando de mano al de los escépticos que solo se convierten à él por oposicion al cristianismo, ya que no al de los verdaderos observadores que este no convierte, héle concedido una atencion mucho mayor de la que su importancia merece. En presencia de esa mezcla de caducidad y de infundada persistencia, de pereza y de crueldad, que constituye lo que se llama bouddhismo, y comparándolo con ese prodigio del órden físico, moral é intelectual, que se llama cristianismo, creo escuchar la voz de mi Maestro, que me dice: ¿Con quién me has comparado? ¿*Qui assimilasti me?* Perdoneme Dios si te he ofendido, y considere que he debido compararle à los cultos à que nuestra época afecta conceder la preferencia.

Preciso es convenir en que despues de diez y ocho siglos de reinado durante los cuales ha dispensado innumerables beneficios, no debia espe-

rar la vergüenza de semejante paralelo; pero la verdad es que cuánto más le comparo, más le admiro, y que cuánto más le rebajo en mis hipótesis, tanto más le ensalzo en mis adoraciones.

CAPITULO III.

JESUCRISTO Y LOS DEMÁS FUNDADORES DE RELIGION.

Fijándonos, abstracción hecha del cristianismo, en el único establecimiento religioso que, en razón de su importancia numérica y territorial, se nos opone al presente, hemos probado que el bouddhismo no posee criterio alguno de la verdadera religion, por lo mismo que carece completamente de todo sello de verdadero sobrenatural. Los cultos del extremo Oriente no pueden, en efecto, hacer ostentacion de los tres milagros del orden físico, del orden intelectual y del orden moral que constituyen la marca divina impuesta á la verdadera revelacion. No insistiremos, pues, en este paralelo, por temor de dar una extension inútil, á lo que no debe revestir